

*Conflicto entre la lengua y la escritura. Legalidades / contralegalidades de la comunidad de la lengua en Hispano-América y América-Latina*

Cecilia Sánchez

FCE, Santiago de Chile, 2013

---

POR TUILLANG YUING

Este libro continúa, en cierto modo, algunas de preguntas que Cecilia Sánchez venía elaborando en sus trabajos anteriores. Así como en *Una disciplina de la distancia* (1992), se daba cuenta de cómo la institucionalización filosófica chilena acusaba la presencia de elementos controversiales que afectaban la consolidación de aquel cuerpo teórico y de prácticas que caen bajo el vocablo de Filosofía; en este trabajo se pregunta por los intersticios de la institucionalización de la lengua, una interrogación que, en otro nivel, es también un análisis de la representación que da cuenta de la institucionalización, siempre inconclusa, del discurso.

En efecto, si bien la lengua opera en relación a propósitos que son culturales, políticos, de dominio y hegemonía, su implementación deja siempre momentos irresolutos y puntos de incerteza que otorgan a las preguntas una estatura diferente: ¿cuál ha sido el itinerario que ha tomado la lengua para conformarse como una institución? ¿Qué lugares ha atravesado el español castellano hasta llegar a ser español latino? ¿Cómo se ha diagramado una comunidad a partir de la lengua? Con todo, se trata de un recorrido que ha tenido lugar al precio de un conflicto, que pese a enunciarse en un sintagma único –el conflicto entre la letra y la escritura–, se replica y recompone en una serie abierta de otras pugnas y tensiones: entre la lengua fría y la lengua pasional, entre la

volatilidad de lo oral y la permanencia material del escrito, entre la gramática del orden y la retórica de la pasión, entre lo universal y local, lo ecuménico y lo idiomático, entre verso y prosa, e incluso entre rumor y murmullo. Tensiones en ningún caso dicotómicas, sino plurales que permiten vislumbrar la arremetida de aquellas caligrafías diferidas de las que Cecilia Sánchez ya había dado cuenta en *Escenas del cuerpo escindido. Ensayos cruzados de filosofía, literatura y arte* (2005). Desde luego, pese a que *El conflicto entre la letra y la escritura* recoge los hallazgos de una investigación académica estricta, no por eso abandona el carácter ensayístico e intersticial que tenía su obra anterior. También se advierte cómo este nuevo trabajo consolida la noción de escena como una apuesta metodológica, que en este caso permite dar lugar a los *decires*, palabras y gramáticas híbridas que envían señas a través del empleo sugerente, por parte de la autora, de una cursiva indicativa de una diferencia o un extravío.

En términos generales, la investigación aborda las tensiones, oscilaciones y fugas del proceso de conformación del castellano en Latinoamérica, entre los siglos XIX y hasta mediados del XX. De este modo, ilustra también la jerarquización, el ordenamiento y la calificación de la lengua al interior de una trama espesa de superposiciones históricas, políticas, simbólicas y culturales. Por cierto, se trata de una consideración de la lengua en su pluralidad, procurando hilvanar las dispersiones del decir y de la letra en el mismo decurso que ha tomado una lengua, que en su pretensión de ser *una*, se ha fracturado y desmembrado para finalmente devenir espectral.

La primera parte del texto reposa íntegramente en el imaginario europeo que signa el territorio descubierto como un nuevo mundo, es decir, como la posibilidad esperanzada de una refundación para los sueños incumplidos. Sin embargo, este nuevo comienzo implica la borradura y negación de todo vestigio, lo que dispone a América como una página en blanco, depositaria de la promesa de un orden geométrico y utópico. En esta configuración del territorio descubierto como un vacío iletrado, concurren los gramáticos de Port-Royal, Destutt de Tracy, Condillac, Locke y Rousseau, entre otros. Todos estos nombres conforman el panteón de antepasados que aportan a la fundación letrada del continente virgen y mudo de significados.

En este momento de la investigación destaca el severo análisis de las tesis de Ángel Rama en *La ciudad letrada*. El desarrollo muestra cómo la letra establece un contrato de sentido con la planificación administrativa de la ciudad, liberando un dominio en que el signo captura performativamente

el orden público. De este modo, si el mapa no es el territorio al menos lo inaugura, fundando un diagrama e impregnando un orden al cual el territorio debe simplemente plegarse con docilidad.

Se advierte, entonces, cómo se despliega un encuentro entre gramática y diagrama que se debe explicitar. De esta manera, en la revisión de las críticas y precisiones que se han hecho a las tesis de Rama, Cecilia Sánchez avanza sugerentemente en la necesidad de extender la noción de letra hacia un concepto más plástico y generoso. Lejos de atribuir a la escritura un sentido secundario en relación a la imagen, es preciso hilvanar una idea de lo letrado que incorpore todas aquellas sustituciones que permiten a los signos un repliegue hacia un ámbito de la representación con consistencia propia: cifras, formularios, documentos administrativos, planos y otros dispositivos, que dan lugar a una suerte de *estigmergia* humana donde la idealidad de la letra predomina cartográficamente por sobre un territorio de blanca virginidad y por tanto, disponible. Lo letrado es así una operación por la cual la realidad es absorbida y suplantada por los signos.

En la segunda parte, esta discusión –ya específicamente situada en el ámbito de la escritura– se traslada a autores latinoamericanos que con diferentes matices, reciben, recomponen y recrean la pregunta por la lengua de la mano de la pregunta por lo civilizatorio y la composición de una América que busca escapar de la colonialidad. Sarmiento, Bello, Félix Varela, Simón Rodríguez, Ventura Marín, Miguel Varas y Augusto Roa Bastos, son los nombres escogidos para dar cuenta del recorrido de una lengua que se trata de unificar apelando a metáforas de parentesco y filiación, pero que choca con la persistencia de una oralidad desviada, desregulada, disidente y murmurante. La claridad, la utilidad, y en definitiva, la funcionalidad del lenguaje, son algunos de los tópicos que alimentan estas disputas.

El tercer apartado da cuenta de la crisis que enfrentan los intentos por unificar la lengua en virtud de su utilidad. La investigación muestra, entonces, el desarrollo del modernismo como una escritura, y en definitiva una lengua que –interferida por el poder–, se resiste a encadenarse a un pragmatismo que prioriza lo deductivo. Diversos elementos, entre los que se destaca el impacto de la sociedad industrial y la proliferación en volumen y velocidad de escrituras paralelas, dan lugar a un nuevo personaje que levanta una querrela a esta letra que se pretende ley. El perímetro fraternal en el que se ha guarecido la unidad de las naciones y del continente, comienza a deshojarse a partir de las demandas escriturales de los disidentes o críticos del proyecto político. José Martí, Rubén

Darío y González Prada, entre otros, testimonian en este momento del conflicto, que se presenta esta vez como una disputa por la escritura. La dominación y la beligerancia que se oculta a través de los intentos por instaurar una lengua útil para la República, es la que emerge con porfía de manos de escritores –o “escribones”– cuyo estilo pone en entredicho la homogeneidad de la comunidad de la lengua. No obstante, la escritura modernista, si bien mantiene una distancia crítica con la funcionalidad, mantiene también una pretensión letrada al disponer como alternativa un cierto clasicismo de inspiración grecolatina. Por cierto, en ningún caso Cecilia Sánchez atribuye a estos autores un gesto conjunto o concertado. Más que planteamientos o denominadores comunes, lo que la autora deja al descubierto es el despliegue que sostiene estas disidencias, su espacio de dispersión.

La última parte de la investigación se presenta como el retorno de aquellas lenguas que se resisten a la funcionalidad y a la signatura unificada. En este momento, el conflicto se presenta entre la letra oficial y el rumor de aquellos disidentes que han sido totalmente silenciados de los distintos proyectos civilizatorios. En cierto modo, el fracaso del proyecto ilustrado –materializado en la Primera Guerra Mundial– conduce la mirada hacia una alteridad, esta vez, no europea. Así, la escritura comienza a incorporar las voces y vocablos de pueblos que bajo ningún respecto han participado del mundo letrado. En ese mismo intento, el gesto escritural da lugar a su momento de resistencia. La superficie sobre la que la letra se deposita se muestra indócil, irreductible y el enfrentamiento libera un dominio que solo se deja traducir en el modo de la espectralidad. Cobra valor, entonces, la consideración de la escritura como una recepción activa que produce siempre un diferimiento. Una resistencia a la impresión que devuelve la silueta de un diferendo. Dado lo anterior, Cecilia Sánchez problematiza un grupo de novelas y autores que reposan en una “zona fantasmal”: Juan Rulfo, João Guimarães Rosa, José María Arguedas, Joaquín Machado de Assis, Augusto D’Halmar y María Luisa Bombal, son los nombres que han dado a luz, por medio de una “escritura póstuma o espectral”, a un abierto desafío entre la “lengua oficial culta y la lengua excluida”. Así, en este momento la escritura es –en términos de Rama– transcultural, puesto que explicita lo heterogéneo, pero es también fantasmagórica en la medida que esta heterogeneidad sólo comparece como “restos sin trascendencia” (p. 289) que conservan su inmanencia errando en forma de murmullo. Se trata, entonces, de la repetición obstinada de un rumor que es también “la sombra de la comunidad nacional” (ídem).

En definitiva, Cecilia Sánchez lleva a cabo una reflexión cuidadosa sobre el uso de la lengua que se dirige a ese distrito opaco en que se cruzan pensamiento, idioma y escritura, avanzando en la conquista del espacio desatendido de los conflictos y tensiones de la lengua española en sus diferentes momentos. Así, este libro transita desde una América hispanizada, directamente alojada en la colonialidad, hacia una latinización de América que busca refundar el sentido y la relación que guarda con su palabra. Buena parte de las tensiones y oscilaciones que este tránsito deja tras de sí, abren las puertas para otras preguntas y debates que de seguro van a alimentar el pensamiento –filosófico, estético, literario y político– durante los próximos años.